

atramos el abanico (testimonio) y den tanto que banico prenda del Mediodía. parables de su toros, es una e agita en los romadas marinos el mundo los que le abanico.

a hora en que rta alarma en gencia de una parecida, y he arece ponerla l'xposición de Francia, con que, respon- entras el Cer- odría hoy re- te puerto de l' azote. Tam- se extiende, le otras veces, alamar, y sin tranjeros que lia y Francia, nadie le gusta ril. Casi peo- ciones y me- del cólera me- ro de las me- á una limpia- a cestilla de- res, las dora- o, (uvas, me- miel, higos), cuando os alada verde- iso al cual el color gratis- r el gesto, y edado por la- ges!

tridad huma- na muela to- rque un ne- piedra en el- eir también- bres y espas- s porque, en- ador de Siva- do un cadá- talidad. Tal- uropa en la- rigen sino el- egipcia, cesó- y momificar- s más higié- una.

ueblo secu- la como de- sacerdotal,- ento entero. nuerte y no- ero observe- osas, lo que- uptible. Por- ñas de los- mones, y su- us tierras y- rajado reci- . Nótese el- que convier- rito. Volta- iones de las- ido de ésta,- razón de su- redumbre

que no en- s? ¿Por qué- emente no- do colocar- enuinos, su- l que le in- drá haber...- lera, como

BAZÁN.

bre, 1911.

camino, sonriente y mugriento, en espera del día en que, descuidándose el mecánico un minuto, le reduzca á papilla ensangrentada...

Hay que convenir, por lo tanto, en que muchos se dan el lujo del automóvil careciendo de la comodidad diaria, y otros lo tienen para aburrirse al son de la bocina, todas las tardes, como quien cumple un deber...

**

Un elemento perpetuo de goce hay sin embargo en los automóviles: de goce y hasta de excitación violenta. Consiste en la discusión, en casinos y círculos de recreo, de las respectivas condiciones de velocidad y resistencia de los diferentes artilugios que en la población existen, discusión que llega á revestir, algunas veces, formas tempestuosas. Porque la posesión de un auto suele alborotar el amor propio, y veréis que no hay aficionado á este *sport* que no ande cada lunes y cada martes cambiando su coche por otro mejor, idea que no suelen tener frecuentemente los que van en coche de caballos. Yo, modesto ejemplar de la generación pasada, no he salido del tronco alazán, y el caso es que llevo á todas partes, no siendo muy grande la distancia, lo mismo que llegan los automovilistas. No por eso dejo de encontrar agradable el paseo en automóvil, y, como cada hijo de vecino, siento la fiebre de la velocidad. A esta fiebre se deben casi todos los accidentes, tan numerosos, y buena parte de los aplastamientos de gallinas, guarros, jumentos, canes y personas racionales, (es un decir, porque muchas veces, ellas mismas se buscan por su mano el despachurre).

Vuelvo la vista atrás, y voy recordando las desgracias de gente que yo conocía, y que me han dejado una huella tétrica en la memoria. Pienso en Santamarina, el millonario gallego que había labrado su fortuna en Filipinas, y que por algún tiempo costeó la fundación y sostenimiento del Sanatorio Galiciano de Madrid, y en su trágico suceso, arrastrado por su automóvil con los pies sujetos, hasta convertirse en una piltrafa palpitante de dolor; en el hijo de los condes de Turnes, traído á sus padres con el espinazo roto; en otros que se estrellaron, es la frase consagrada, en la revuelta de una carretera, contra un árbol ó contra un pedrusco. Y ahora, refresca estas reminiscencias el caso de María Guerrero y su esposo, en compañía del matrimonio Thuillier, lanzados con brutal violencia, María con la clavícula rota, Fernando con el brazo fracturado, Thuillier con la nariz partida, tendidos en el camino y sin poder ni auxiliarse; de Rostand comprimido bajo su automóvil, magullado, semiviviente. Y todos mejoran ya, pero, á pesar mío, desde una conversación con un famoso médico, yo desconfío de estas mejorías. Decía el médico á que me refiero, que nunca se sabe lo que son los accidentes de automóvil, que es difícil medir sus consecuencias. A veces, el daño es interior y á largo plazo. Lo que se ve, fracturas, heridas superficiales, si no acarrea la muerte inmediata, se cura; lo peor es lo que queda latente. El vizconde de Iruete, salvado en apariencia de aquella terrible catástrofe del Sud Exprés, que vaticiné sin necesidad de poseer el don de profecía, pues lo vería un ciego, y no lo vieron ni lo previnieron los que de hacerlo tenían el deber, murió sin embargo, algún tiempo después, de las consecuencias del espantoso sacudimiento.

Son contingencias de la vida civilizada, y lo mismo da morir de esto que de aquello. Como dijo el Apóstol de las gentes, vivimos rodeados de peligros, por mar, por tierra y por todas partes.

**

Y, sin salir del ramo de calamidades, el cólera, si- gue amenazando, pero la verdad es que, por ahora, nadie se asusta. Todo el que, engolosinado por las hermosas y sazonadas frutas que madura el calor de este año, se da un atracón de esos melocotones llamados en Andalucía matagallegos, y sufre el consiguiente coliquito, se convierte en *caso*. Los doctores aseguran que no hay cólera en la *Europa limpia*.

¿Cuál es la *Europa limpia*? Voy á decirlo, y no se ofendan patrióticamente los que hayan nacido en los países que incluyo en la Europa menos aseada. La Europa limpia la componen, en primer término, los países escandinavos, Suecia, Dinamarca, Noruega. Todos los viajeros se hacen lenguas de la pulcritud y la higiene que reinan en esas nacioncitas, muy adelantadas, en pedagogía especialmente. Después vienen Inglaterra, Alemania y Holanda. Hagamos restricciones. Inglaterra en general, goza fama de limpia; de Escocia é Irlanda dicen otra cosa los viajeros, que hablan del olor bravío de la gente en Dublín con horror. Alemania muestra limpieza en todo

lo que no es barrio ó vivienda judía; donde empieza el *getto* acaba el aseo. Esta observación la hago extensiva á Holanda. Reléase el capítulo de Amicis sobre los *gettos* de Rotterdam y Amsterdam, y se verá la suciedad compacta que en ellos reina. Verdad es, y con algo hay que consolarse, que los colores irisados de esa suciedad recocida, tanta grasa y tantos trapos ya teñidos de anaranjado obscuro, pres- taron sus tonos calientes y misteriosos á la paleta de Rembrandt. La pátina, ídolo de los artistas, acaso no es sino suciedad de los siglos, que constituye un artístico barniz.

De manera que esas naciones limpias, no lo son por completo, pero, afortunadamente, para prevenir las infecciones microbianas basta una limpieza relativa. Desde que se usan desinfectantes y se vulgarizaron elementales nociones de higiene, las epidemias trágicas han cesado.

Suiza es limpia, sin gran mérito; su clima lo impone. Nótese que Suiza está recomendada por los médicos á causa de que en ella apenas hay polvos en suspensión en el aire, en los cuales danzan los gérmenes, prontos á colarse en los pulmones. La nieve es de suyo cándida é inmaculada, y la idea que nos formamos de Suiza es salubre y pura. Hace muchos años, en la época romántica, se iba á Suiza para admirar la naturaleza, para recorrer los glaciares lanzando exclamaciones de asombro ante tanta magnificencia, y leyendo á Byron; pero hoy, que la gente se ha hecho positivista, y la salud es una preocupación, á mi entender extremada ya, Suiza asciende á Meca de la higiene, de la cirugía y de la aireación, y sus médicos pasan por los mejores y hasta los más baratos, y sus sanatorios rebosan. Es, pues, necesario incluir á Suiza entre las naciones limpias por excelencia.

**

Al llegar á las latinas, titubeo, y experimento la necesidad de echar por delante, para que no se le atribuya todo lo malo al *homo mediterraneus*, á cierta nación semipolar y casi tártara y, desde luego, muy del Norte, que es Rusia. Si juzgo á Rusia por relatos de viajeros, novelas y narraciones de escritores suyos, y, en suma, por el concepto general, hay que reconocer que figura entre los pueblos más descuidados. Cuanto se diga de el desaseo de los muelles napolitanos, los barrios gitanos de España, y el impuro puerto de Marsella, es tortas y pan pintado para la suciedad y abandono de esas *isbas* rusas, donde la gente no se desnuda en seis meses, ó más, y hasta sospecho que no se desnuda nunca, porque no hay cama, y se duerme sobre la estufa, ó en el santo suelo. Además, en la Rusia alemana y la Rusia polaca, ó mejor dicho la Polonia rusa, abundan los hijos de Israel, tan admirablemente retratados por Turgue- nief y Tolstoy, y tal raza, en tales países, lleva consigo un estigma de desaseo tradicional é invencible.

En los pueblos latinos, los hebreos parecen más nivelados con el resto de la sociedad. En España, no hay que decir nada de ellos, porque no existen.

¿Son más sucias las naciones latinas que las anglo- sajonas? Sí, en conjunto, pero no con la diferencia excesiva que se ha querido ver. Alguien dijo que con sólo mirar ciertas oficinas se sabía si nos encontrá- bamos en el Sur ó en el Norte. Prescindamos de de- talles. Comarcas enteras de España, Andalucía y Cata- luña, por ejemplo, son limpias, á su manera—por- que hay maneras en esto también.—El aseo andaluz es un aseo moro, mucha agua y mucha cal, colores claros, aire, flores, el surtidor, la fuente, el calzado primoroso en la mujer, la sobriedad en la comida; y de todo ello resulta á veces, como dirían los Quin- te- ro, *los chorros del oro*. El aseo catalán, es la obrera vestida de percal lindísimo, es la fabricación de teji- dos de algodón y de medias, que permite cierta hu- milde coquetería á la hija del pueblo, es el bienestar debido al trabajo, que hace la vida sana y colmada. Lo único que España necesitaría para contarse entre las naciones purificadas, sería emprender valerosa- mente la extinción de la chinche. Para extinguir la chinche, habría que enseñar á la mujer, en las escue- las, mucha desinfección. En España, la pedagogía es vida y camino.

Quizás también Marsella haya cambiado. Todo mejora, aprisa ó despacio, en el mundo, y especial- mente en este capítulo de la limpieza y la sanifica- ción. Es un Evangelio que va difundándose, y que prefiero á los de Zolá. Tiene la ventaja de que se im- pone á todos, piensen como piensen en política y demás cuestiones opinables. En esto no hay disputa. Un microbio es un microbio, y el jabón y el agua hacen milagros, no estando de más la colonia, el elixir, el salol y el sublimado, para rematar la suerte.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.